

CIRCULO DE LA PRENSA DE CÓRDOBA
PUBLICACION DE EXTENSION CULTURAL

II

GREGORIO BERMANN

**LA SALUD MENTAL EN EL MUNDO
DE LA POSGUERRA**



1945

CIRCULO DE LA PRENSA DE CÓRDOBA
PUBLICACION DE EXTENSION CULTURAL

II

GREGORIO BERMANN

**LA SALUD MENTAL EN EL MUNDO
DE LA POSGUERRA**



1945

La Salud Mental en el Mundo de la Posguerra *

Señoras, Señores:

Agradezco profundamente al Círculo de la Prensa y, especialmente, a su Comisión de Cultura, esta oportunidad de ponerme una vez más en contacto con este viejo y querido público cordobés, de conversar con mis amigos y compañeros de prensa, a los que me he sentido vinculado desde mi juventud, sin haber olvidado nunca el aroma de las imprentas ni el trabajo de las ideas en las salas de redacción. Agradezco, también a su Presidente, Adelmo Montenegro, que nos ha brindado elocuentemente recios conceptos sobre el tópico que vamos a desarrollar, sus generosas palabras.

Difícilmente puede darse una tradición más gloriosa que la del periodismo argentino. No conozco que en ningún otro país haya habido entre sus creadores, los creadores del periodismo argentino, figuras tan grandes como las de Moreno, Sarmiento, Mitre, Hernández, Paz y tantos otros. ¡Es gran tradición ésta! Y si alguna vez hemos tenido también por parte de la prensa, aún en estos días, crueles desengaños, siempre volvemos a aquellos gigantes padres, como dice la canción que hemos balbuceado desde nuestra infancia, anhelando y soñando, que no sólo los periodistas, sino todos nosotros seamos dignos de esta gloriosa y pesada herencia.

Vamos a conversar hoy de problemas de viva y rica actualidad. No hay cuestión que esté más en la preocupación del momento, fuera de la de ganar la guerra, que los problemas tumultuosos y bravos de la posguerra. A diario leemos en los periódicos que en todo el mundo se celebran congresos, se reúnen conferencias, se publican libros, folletos, editoriales, en los que son debatidos. ¿Qué sobrevendrá después de la guerra? ¿Qué cambios se van a producir? Cuáles serán las reivindicaciones de los pueblos? ¿Será verdad que habrá docenas de millones de desocupados? ¿Habrá alimentos y abrigo suficientes para todos? ¿Se sacudirán y caerán los actuales imperios? ¿Qué nuevos conflictos se están incubando? ¿No cambiará todo el ámbito y la estructuración de la sociedad en que vivimos? ¿Qué destino será deparado a los países pequeños y en particular a los que, como el nuestro, se han resguardado en la "neutralidad"...?

También en nuestro país, desde el año pasado, se han ido creando numerosas instituciones oficiales, académicas, privadas, para estudiar estas cuestiones. Figura entre ellas al Consejo Nacional de Posguerra, presidido por el vicepresidente titular, Coronel Perón, inaugurado hace apenas un mes con gran ruido, en un discurso que ocupó mucho espacio en los periódicos. En los fundamentos del decreto de constitución, se establece el deber del Estado de afrontar y resolver los graves y perturbadores problemas económicos que trae la guerra y su liquidación. Ya con antelación se había constituido el Congreso Permanente para el Estudio de los Problemas de Posguerra, que nombró nutridas subcomisiones. El Centro de Ingenieros en Buenos Aires, ha organizado por su parte, una serie de conferencias la primera de las cuales ha estado a cargo del financista Dr. Alejandro Shaw. La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, se ha intere-

(*) Versión de la conferencia en el local del Círculo de Prensa de Córdoba el 23 de octubre de 1944.

sado por algunos de sus aspectos, el que se refiere a la población, por ejemplo, uno de los problemas de mayor actualidad y que lo será más agudamente después.

Pero el hecho es que estas instituciones, sobre todo las que han surgido en el país, se han preocupado de los problemas materiales, han iniciado el estudio de la organización de la economía, las finanzas y la producción, apenas termine el conflicto. Es visible en dichos organismos y en los círculos que representan la nerviosidad por los trastornos que puede traer la posguerra a los intereses privados, o a la clase de que son expresión, o bien por la defensa de la renta, y naturalmente, por el Estado en que desarrollan sus actividades. **No se ha dicho todavía, sin embargo, una palabra seria y meditada, fruto de estudios verdaderos, sobre la reconstrucción en aspecto tan sustancial como el de la salud mental, espiritual y moral de los afectados por descalabro tan tremendo;** de los afectados en los pueblos que han estado directamente inmersos por años en los frentes de lucha, o de los que estuvieron más o menos alejados de la zona de peligro inmediato, pero en manera alguna, de su enorme influencia y consecuencias. Y no cabe duda alguna que nuestro país, como todo otro, aunque alejado por la distancia y por su actuación del epicentro, será sacudido por la conmoción, en grado que aun no es posible prever.

De esto me ocuparé hoy, de la salud mental después de la guerra.

I. — LA SANIDAD EN LA POSGUERRA

La historia muestra que las cuatro plagas señaladas por el profeta: espada (*gladius*), hambre (*fames*), epidemias (*pestis*) y crueldad (*bestiae*), van unidas. En lo que se refiere a las enfermedades suelen seguir a las guerras con implacable lógica, por encontrar condiciones propicias en los pueblos desangrados, agotados, desnutridos, deprimidos, empobrecidos. No se ha olvidado como, por ejemplo, que la "gripe española" que enfermó en los años que siguieron a la guerra de 1914-18 a unos doscientos millones de personas, provocó aproximadamente una mortalidad de veinte millones. También nuestro país la sufrió y provocó muy numerosos decesos. En aquel año de 1918, estaba de practicante en el Hospital Argerich de Buenos Aires, y me detenían en las esquinas de las calles de ese barrio de la Boca, entonces triste y deprimido por la inactividad portuaria, como se detenía al diarero o al vendedor de leche, para que bajara del carro de la Asistencia Pública a ver los enfermos en las casas. La "gripe" no fué por cierto una revelación de la guerra; epidemias de esa naturaleza han existido en todos los tiempos, con virulencia variada, pero adquirió una malignidad inusitada, influida por las malas condiciones que he citado. Me sería fácil mencionar las estadísticas demostrativas de cómo la tuberculosis aumentó tanto en la postguerra. La encefalitis epidémica, iniciada en 1917, hizo en los años subsiguientes más de sesenta mil víctimas en un sólo país, Alemania, fuera de las que hizo en el resto del mundo. No hablemos de las grandes epidemias de tifus exantemático, de paludismo, de tifoidea, etc., que sobrevinieron. El mismo desarrollo de los niños y adolescentes sufrió un retardo, a menudo grave, en su desarrollo pondoestatural; las adolescentes tardaban, frecuentemente, varios años más que el término habitual para menstruar, las había que lo iniciaban después de los veinte años, y es bien conocido por otra parte el hecho que decenas de miles de criaturas fueron afectadas gravemente en sus costumbres, mentalidad y salud moral.

Si se calcula el número de combatientes muertos en todos los frentes de la guerra del 14-18 entre doce y trece millones, compruébase que una sola de las epidemias, la de "gripe", la humilde influenza, provocó más muertes que todas las batallas. Se comprende, por lo tanto, que a los higienistas y a los médicos les atormente la preocupación por los muy complejos problemas sanitarios de la posguerra.

Ya a fines del año pasado se realizó en el continente la Conferencia Interamericana de las Escuelas de Higiene. Pero no he de glosar este aspecto de la higiene y salud públicas, sino el que se refiere a la salud mental.

II. — LAS ENFERMEDADES MENTALES DURANTE LA POSGUERRA

La fantasía popular, fomentada por la opinión de ciertos especialistas, imagina que el número de alienados en las condiciones catastróficas de las contiendas, llega a cantidades fabulosas en comparación con las épocas de paz. Se ha hablado de legiones de dementes y desequilibrados como saldo de las guerras. Los profetas de la decadencia tienen amplio campo para sus elucubraciones.

No es ésta la opinión de todos los que han estudiado esta cuestión. Ya Esquirol decía que si el fanatismo político y los males que con él arrastra han hecho estallar algunas locuras, coincidía con los observadores en que "mientras pasaba sobre nuestra patria con más furor, había menos enfermedades nerviosas y mentales". Baillarguer, en la discusión de la Academia de Medicina de París de Marzo de 1849, sobre los efectos de las revoluciones del 48, expresó una opinión similar: "si los sacudimientos políticos traen con ellos causas reales y poderosas de locura, hay que reconocer también que suspenden otras influencias, que en los tiempos de calma y prosperidad producen a menudo los estados de alienación". Nasse y Ferrus afirman que ni las guerras ni las revoluciones causan más trastornos mentales, apoyándose en la experiencia de la Revolución Francesa del 48, de la de Secesión americana, de la guerra de 1866.

Ermakow y Jacoby han sostenido, por el contrario, que es factor importante de psicopatías, actuando por vía directa, o bien reforzando otras causas. Para Jacoby, que actuó en la guerra ruso-japonesa, ciertas grandes matanzas y hecatombes de las batallas modernas, son psíquicamente comparables a catástrofes cósmicas, a temblores de tierra, y determinan como éstas, alteraciones mentales colectivas, a formas agudas y contagiosas. Lo que se ha visto, por ejemplo, a través de las comprobaciones hechas por el Dr. Federico Sal y Rosas en el terremoto de Mayo de 1940 en el Perú, conforme al trabajo que presentó a la Sociedad de Neuropsiquiatría limeña. El que mejor estudió estos problemas en el siglo pasado fué Lunier, Inspector General de Asilos de Alienados en Francia, que publicó en los años 1872, 73 y 74 una serie de estudios que tituló "La Patología de la Influencia de las Grandes Conmociones Políticas y Sociales sobre el Desarrollo de las Enfermedades Mentales". Su estudio no trata sólo exhaustivamente de la guerra del 70, que tan profunda impresión hizo en el pueblo francés, sino que engloba también la Revolución que culminó en la Comune. Comprobó que desde Julio de 1870 hasta el 31 de Diciembre de 1871 habían sobrevenido mil ochocientos casos de locura por causa de la guerra y la revolución. Durante la misma época, el número de admisiones en las asilos fué de mil trescientos menos que en el tiempo correspondiente de 1869-70, lo cual era, sobre todo, debido a causas circunstanciales. A fines de 1871 la cifra de admisiones vuelve a subir, con un aumento "record" en 1872 (2.785 más que el término medio), para volver a bajar más adelante, hasta normalizarse. Comprobó que los casos internados en 1871, fueron en su mayoría de tipo agudo, que terminaban relativamente pronto en el deceso o en la curación. Su conclusión es que los acontecimientos de 1870-71, en su conjunto, han retardado, pero no detenido, el crecimiento progresivo de la cifra relativa de alienados internados, que era de uno por novecientos ochenta y nueve habitantes en 1869 y de uno por novecientos sesenta y cuatro el 1º de Enero de 1874.

Yo también quedé sorprendido, cuando actué en la Guerra Española, en 1937, de que el número de alienados, si bien había aumentado en los civiles y militares, no lo era en la proporción que había sospechado, a lo que me refiero en mi obra "Las Neurosis en la Guerra". Y es que el estallido de la alienación exige condiciones predisponentes individuales. Por otra parte, como decía Lunier, parece que en ciertos predisponentes los acontecimientos bélicos tengan por efecto operar una diversión bastante poderosa para hacer abortar la explosión de la locura. La alienación no es un estado morboso que se adquiere porque sí. Junto a las causas directas que coadyuvan a su explosión (psicógenas, traumáticas, infecciosas, etc.), debe haber condiciones especiales predisponentes (herencia, mala formación personal o familiar, debilidad mental, etc.). Cuanto más frágil la personalidad del candidato, mayores posibilidades para que zozobre la razón, para que se produzca el desequilibrio de su personalidad mental.

Me llevaría lejos una cuidadosa compulsión de la documentación abundante de la Guerra de 1914-18. Se contaron por centenares y centenares de miles los enfermos nerviosos y mentales que debieron ser asistidos en los grandes y pequeños hospitales

y lazaretos. Los especialistas de los diversos países, pero muy especialmente los norteamericanos, y en segundo término los ingleses hicieron, después de la guerra, cuidadosos estudios.

No sucedió lo mismo en la posguerra, cuya psicología es un capítulo incierto, que todavía aguarda sabias investigaciones y fuertes descripciones de grandes escritores. Ya lo hacía notar Dalla Volta: el investigador se encuentra frente a dificultades casi desesperantes: signos de decadencia y fenómenos de reintegración, índices de fatiga y notas de rejuvenecimiento se entremezclan en un ovillo inextricable. A la inaudita abundancia de literatura psicológica de guerra, se contraponen la miseria de la posguerra. Severas exigencias de guerra establecieron fecundas y estrechas relaciones entre los investigadores, mientras que en la posguerra, cada uno volvió a su campo aislado y cerrado. Sólo después de investigaciones modestas por parte de numerosos equipos que se complementen entre sí, sólo después de una vasta y profunda obra de estudio detallado, podrá surgir una síntesis adecuada.

Algunos índices, con todo, pueden utilizarse para un conocimiento aproximado del estado mental durante la guerra y la posguerra:

a) El número de los **internados** en los asilos, hospicios y colonias, así como sus formas de alienación. Deberán tomarse en cuenta, también, los casos asistidos en las salas de Clínica y de Neurología, entre los cuales se encontrarán postconmocionados con alteraciones microestructurales del sistema nervioso, dilatación de los ventrículos, epilepsias, etc.

b) Los **inválidos neuromentales** y los **mutilados** con alteraciones nerviosas y mentales internados en asilos especiales o dispersados en el seno de la sociedad. En 1930 tuve ocasión de ver en Munich, en el servicio especial para mutilados que dirigía el gran profesor Max Isserlin, la delicada, tenaz e inteligente intervención médico-psicológica que realizaba este hombre admirable para restablecer en lo posible la vida mental de antiguos combatientes, algunos con mutilaciones casi inverosímiles.

c) Otro índice es el de las estadísticas de **suicidios** que, en general, son sintomáticos de estados mentales patológicos. La comprobación general fué que los suicidios habían disminuido mientras duró el conflicto. Así, en Alemania, el número de suicidios fué de 15, 3 por cien mil en 1918, la más baja que se recuerda; y en Inglaterra, en 1917, fué apenas la mitad de la que se comprobó en 1930; en E.E.UU. en los primeros nueve meses de 1942, según la estadística de la Metropolitan Life Insurance Company, descendió a 7, 2 por cada cien mil tenedores de pólizas, una de las más bajas señaladas hasta la fecha. No pasa así en la posguerra, en que el número de suicidios aumenta. En Escocia, en la preguerra fué de 5, 7, durante la guerra de 4, 3 y en la posguerra ascendió a 9, 8. En Italia respectivamente: 8, 5; 7, 5; 9, 6. En Japón: 19, 1; 17, 6; 20, 6.

d) La **criminalidad** es en gran parte, expresión de condiciones sociales anormales, pero también de personalidades desequilibradas. Y en este sentido es elemento de poderosa elocuencia para comprender la anomalía psíquica ambiente. La buena organización de estadística del movimiento criminal y los numerosos estudios precedentes, coadyuvan a los estudiosos de la materia.

e) La **situación de los menores**, que por millares y centenas de millares fueron desarraigados de su ambiente familiar y social, no sólo a causa de la guerra, sino también de las conmociones sociales. Esto fué sobre todo visible en la Unión Soviética, en la posguerra y durante y después de los inauditos sufrimientos y cambios sobrevenidos durante las luchas civiles y sociales, pero en manera alguna fué exclusiva de este país. En la presente contienda se ha centrado el interés en el conocimiento de los efectos que los terribles bombardeos producían sobre los niños. Estos estudios efectuados principalmente en Inglaterra, han demostrado que si después de las catástrofes que se abatían sobre las ciudades y sobre sus hogares, encontraban condiciones favorables para su ulterior vida y desarrollo, los efectos sobre su estado neuromental eran mucho menores de lo que podía imaginarse. Los niños se reconstituían rápidamente.

f) Las **toxicomanías** son también un índice de extraordinario valor. Entran, por legítimo derecho, en el cuadro de la Psiquiatría. Los millones de afectados en la posguerra demostraron cuán profunda había sido la conmoción social e individual sufrida. Me ocuparé, todavía, de este aspecto al referirme acerca de las repercusiones de la posguerra en nuestro país.

g) Hay un mundo de personas que no figuran en las estadísticas de los alienados, de los muertos o de los inválidos, sus males no se miden por lesión alguna. De entre los sobrevivientes, hay un fuerte porcentaje "que vuelve a sus hogares —si los han conservado— con el cuerpo intacto pero con el alma herida". Son los **neurópatas**, que no han perdido un miembro de su cuerpo ni presentan lesión visible, que no reciben distinciones, aunque a veces quedan afectados por años o aún por lo que les queda de vida. Son conocidos los efectos de los traumas psíquicos, brutales, recibidos durante la guerra. Frecuentemente se recuperan por entero, sobre todo, si están dotados de un equilibrio neuromental, de una fuerza espiritual que les permita "digerir" el o los golpes nerviosos. Pero personalidades bien equilibradas pueden calcularse de una tercera a cuarta parte de los vivientes. Se han estudiado menos las consecuencias lejanas, tanto de los traumas bruscos, como de las emociones crónicas. Estas actúan durante meses y años, minan hasta las voluntades poderosas, desequilibran y llevan, en tantos casos, hasta la misma locura. En estas emociones desequilibrantes que se prolongan y se repiten, está el secreto de numerosas perturbaciones de la vida personal y familiar, en un gran sector de las alteraciones morbosas, también en tiempo de paz. Esto sucede tanto más si hay una predisposición, una fragilidad en la vida afectiva, condicionada por un desarrollo infanto-juvenil anormal. Y si inciden sobre una constitución patológica, las reacciones pueden adquirir proporciones de incendio. Con todo, no hay que olvidar que la capacidad de resistencia a situaciones adversas de la naturaleza humana es mucho mayor de lo que puede imaginar una persona que no ha sido sometida a estas tensiones. Lo he comprobado durante la guerra en España en proporciones para mí insospechadas. Ahora, si las condiciones sobrevinientes son favorables, la capacidad de recuperación es extraordinaria.

h) No se ha prestado bastante atención al estado nervioso y moral de los **prisioneros de guerra**. Por millones son arrojados a campos de concentración cuyas condiciones son pésimas o son sometidos a trabajos forzados con nutrición deficiente, regimentados de una manera inhumana. Los años en que sufren estas condiciones no dejan, ciertamente, de influir en su estado y conducta posterior. Ya antes de terminada la guerra del 14-18, el Dr. Vischer, médico suizo, publicó una obra sobre el tema, afirmando que Europa estaría impregnada después de la guerra de personas que volverían a sus comarcas con la psiquis tarada y con reacciones mentales anormales. Hasta los que estaban internados en Suiza donde eran relativamente bien tratados, daban la impresión de personas descentradas. Balzac en "Les Celibateurs" ha descrito, en algunos rasgos magistrales, a los antiguos oficiales de Napoleón, antes tan arrogantes y sanos, después de haber pasado un tiempo como prisioneros, cómo habían caído, al cabo, en la miseria y en la abyección. También, se percibe esto mismo en una famosa poesía de Heine.

i) Pueden seguirse ciertos efectos de la guerra desde el punto de vista que nos interesa a través del **movimiento demográfico** (mortalidad, nupcialidad, divorcio, movimiento migratorio, población de las ciudades y de la campaña, etc.). Así también los efectos sociales de la guerra sobre la familia, las relaciones sexuales, la situación de las mujeres y de los niños, sobre la vida religiosa y cultural, etc. Estos aspectos han sido estudiados en las conferencias del Colegio de Méjico, publicadas en "Jornadas", cuya lectura recomiendo vivamente, y en este punto especial en el cuaderno de Vicente Herrero, "Los efectos sociales de la guerra".

III. — BALANCE DE LA POSGUERRA

Terminadas las acciones bélicas a fines de 1918 (que se prolongaron intermitentemente, recuérdese las de Rusia), el estado de tensión extrema mantenido durante tanto tiempo, dió lugar a una distensión, a una relajación de costumbres, a una ansiedad de vivir, que en manera alguna era satisfecha por las formas habituales de preguerra. Muchos anhelaban disipar el recuerdo de los días trágicos y llenos de privaciones. Ya el solo hecho de vivir, después de haber estado por tanto tiempo por caer en la muerte, exacerbó su ansia de vivir, y aún de revivir estos cuatro años de guerra, durante los cuales no habían sido sino juguete de circunstancias tremendas y ajenas. Una vorágine de placer sensual se apoderó de todo el mundo, y especialmente de ciertos sectores de Europa. Placer y poder fueron su señuelo. Esto veíase también en el orden sexual: los hombres perversos sexualmente, ellas, especulativas. Tomó auge el tipo de la "machona", puesto de relieve en el libro que hizo época de los hermanos Margueritte. Vale para esa posguerra la conclusión que Waller señaló para la guerra: "En tiempo de guerra hay una decadencia de todas las moralidades constituidas, que tienden a ser reemplazadas por reajustes hedonísticos a breve plazo". Mas no son los mismos los efectos en todas las personas o grupos. Rige al efecto la ley de diversificación y polarización de los efectos de la calamidad, propuesta por el sociólogo norteamericano Sorokin: "Los efectos de cualquier calamidad no son idénticos, más aún, con frecuencia son opuestos, en los diferentes individuos y grupos de la sociedad de que se trate".

Sólo este aspecto daría lugar al ensayista a extensas y profundas consideraciones sobre las costumbres y moralidad en la posguerra. En cierto sentido se ocupó de ello Max Scheller en su artículo de la Revista de Occidente de agosto de 1927, sobre el porvenir del hombre. Este estado de inquietud, de inseguridad, de angustia, anunciador de catástrofes inminentes, de cruentas revoluciones, de pueblos que desaparecen o que nacen, tuvo relevante expresión en la literatura de posguerra. Fueron numerosos los profetas de la decadencia. Se recuerda sobre todo a Oswald Spengler, que escribe su libro con la bilis del vencido que no quiere admitir su derrota. No era él solo el anunciador de la catástrofe: Nicolás Zvorokine, la señala en su ensayo "Declin de la civilisation contemporain"; Aron y Dandieu titulan su obra "Decadence de la Nation Francaise". Jean Guehenno ve a la humanidad en "L'Humain" presa de una angustia desconocida a la que nadie escapa, ni el amigo ni el enemigo.

Frente a los que exaltaban las virtudes de la guerra John Dos Passos hace decir a uno de sus protagonistas de "1919": "La guerra europea fué sangrienta, sucia y monótona, pero la guerra en Nueva York reveló tan viscosa profundidad de abyección e hipocresía que el hombre que la contempló no puede volver a ser el mismo". Y en lo que se refiere a la posguerra, otro personaje de la misma obra pregunta a un combatiente que pensaban los jóvenes en las trincheras, y éste le contesta: si creía que la guerra era una charca ya verán lo que es la paz... algo mucho peor aún. La gente que creía y ansiaba fervorosamente que la paz les iba a devolver la cómoda vida de anteguerra, su frió una tremenda desilusión.

La guerra dejó naturalmente su impronta en el arte, estimulando la abundancia de escuelas y tendencias de un arte deshumanizado. Recuérdese la obra de Ortega y Gasset, que acogió sus manifestaciones complacientemente. Aníbal Ponce lo señala con justeza como una fuga: "la realidad que lo rodea tiene estremecimientos demasiados terribles para ser contemplados sin peligro". A veces, un espíritu valiente deja de lado las contorsiones del "arte puro", para inclinarse con emoción sobre la nueva y patética conciencia humana. Su llamado tiene entonces un acento tan sincero, que todo lo demás resulta a su lado ridículamente falso y caprichoso. Y recuerda a Remarque, que tan profunda impresión hizo en su tiempo cuando describe "una generación destruída por la guerra; totalmente destruída aunque las granadas la olvidasen". El protagonista de "Sin novedad en el frente" se sabe deshecho por la guerra, fatigado, roído, totalmente calcinado. Sólo subsiste en él una fuerza tremenda: la acusación que persigue a los culpables. El conflicto de esa generación estalla en el grito del drama de Hasenklever: "Nosotros no somos dementes; somos hombres y vivimos; vivimos doblemente porque queréis asesinarlos... entreguen, entréguennos la libertad".

Este estado de espíritu, que se ha olvidado demasiado, hizo que muchos hablaran en la posguerra pasada, de una neurastenia mundial. Francesco del Greco lo calificó en un

artículo de la "Rivista d'Antropologia Criminale", de anarcoidismo de posguerra. No faltaron las fáciles lucubraciones sobre los movimientos políticos de la época, las tentativas de insurgencia para instaurar un orden más justo, las rebeliones de los pueblos, a menudo anárquicas tantas veces ahogadas en sangre, señaladas como la expresión de una demencia colectiva, de la "roja crueldad de las masas"... Entre tantos otros, un escritor representativo de las clases conservadoras inglesas Lethrop Stoddard, reeditó en un libro que pretendía ser una enérgica condenación a los pueblos ansiosos de pan y de libertad, lo que ya después de 1871 había escrito Paul de Saint Victor en "Barbares et Bandits": los bárbaros eran los vencedores, los bandidos, los combatientes de la Comuna...

No hay duda que en vastas masas de los combatientes y prisioneros de guerra que volvieron a sus países, así como en sectores afectados por la contienda en la retaguardia, se comprobaron señales manifiestas y generalizadas de nervosismo, que adoptaban formas diversas. Los síntomas resaltantes fueron: irritabilidad, inestabilidad, estados de temor y de angustia, depresión, rápida fatigabilidad, mezcla de abulia y excitabilidad, la señalada codicia de placer, amén de otros estados más complejos e intrincados. Del Greco cree poder distinguir entre los afectados dos grupos bien caracterizados: a) los que estuvieron en los frentes; b) los que permanecieron al reparo de peligros mayores. Los primeros son evidentemente fatigados psico-asténicos, irritables, desadaptados. Reina en ellos el ánimo de que todo pueden exigirlo de la patria, por la que han sufrido largamente, y por la que han expuesto tantas veces sus vidas. Son fácil presa de una especie de delirio de reivindicación, al que se refiere A. Salerni en "I disturbi neuro-psichici e la criminalità del combattente nel dopo-guerra". Entran en la segunda categoría aquellos que sufrieron las coacciones y privaciones de guerra. Vivieron entre familias destruídas, con múltiples ocasiones de satisfacer apetitos prohibidos y de dar rienda suelta a sus vanidades personales, en medio de tensiones anímicas intensísimas, de la angustia general, de trabajos excesivos. Si estas condiciones incíden sobre temperamentos desequilibrados, provocan fácilmente, también bajo la influencia de abusos alcohólicos, reacciones patológicas y conductas anormales. En esta última categoría los tipos morbosos son menos precisos que en la anterior.

En la época en que predominaban con rigor no científico las teorías sobre la herencia patológica, Charcot señaló las consecuencias degenerativas de la guerra y del sitio de París sobre los hijos engendrados en ese año terrible, sobre todo, en el orden neuropsíquico. Llamó a estos niños y adolescentes "les enfants du siege", los hijos del asedio.

Pero no sólo signos de desequilibrio, transitorio o permanente, de pasiones desenfrenadas, de instintos liberados, de turbias reacciones, son la expresión anímica durante la guerra y la posguerra. Sería de una inexactitud flagrante. Intervienen otras fuerzas, racionales, afectivas, pasionales e instintivas, capaces de transformar a personas y pueblos aún comunes, en héroes sublimes. La guerra y la posguerra se mostraron, a su vez, instrumentos poderosos de solidaridad humana, de exaltación patriótica, y despertaron fuerzas capaces de cubrir en parte, al menos, lo que aquella tremenda ráfaga de destrucción física y moral había destruído.

Sería pretencioso tomar al pie de la letra el título de este acápite. Un balance de la posguerra debería ser una síntesis poderosa, y poner también de relieve no sólo sus efectos negativos, sino también las nuevas fuerzas que despertó, también en el orden espiritual y moral, que se demostraron de un valor supremo en la Unión Soviética.

Es evidente que la posguerra fué una parte del interregno entre las dos guerras mundiales, y su cabal comprensión es indispensable también desde el punto de vista que nos ocupa. A esto me referiré en un acápite siguiente. Los sociólogos deberán ponerse de acuerdo sobre el concepto aún vago de posguerra y sobre su término de duración. Claro que ha sido un momento de un largo proceso, del que la misma guerra 1914-18 es también un momento, culminante por cierto. En realidad los efectos de la guerra del 14-18, lo mismo que tiene raíces lejanas, no cesaron siquiera cuando se inició la segunda Guerra Mundial. Mas hay que darle una cierta precisión. Desde el punto de vista político los resultados más inmediatos, gruesamente considerados, pueden tal vez fijarse con la liquidación de las intervenciones y de la guerra civil en Rusia, hacia 1922. Desde el punto de vista de las costumbres, en algo más de un lustro después del 18. Y desde el nuestro, hasta que las fuerzas reequilibradoras, enderezaron, mal que bien (y ya sabemos en qué falsa medida), a las grandes masas afectadas por las nuevas condiciones, entre cinco a diez años después del 18.

IV — REPERCUSIONES EN LA ARGENTINA

Mentalidades simplistas supusieron que por haberse mantenido nuestro país neutral en la contienda anterior, no sufrió las consecuencias de la guerra. Esto no es sólo falso desde los puntos de vista económico, político, de las costumbres, sino también, de las secuelas neuromentales.

Lo estudié especialmente en uno de los aspectos más impresionantes de la especialidad, en las toxicomanías. Tuvieron entonces las características de epidemias internacionales de consecuencias no menos extensas y dañosas que las peores infecto-contagiosas que han afligido a la humanidad. Si inmediatamente antes de la guerra y las estadísticas médicas estadounidenses señalaron la existencia en el vasto país de unos 165.000 toxicómanos, en 1921 el Comisario del Tesoro calculaba, en pleno auge de lucha antitóxica, que el número de toxicómanos no bajaba del millón, mientras que autores serios como Joel y Frankel daban como probables unos cuatro millones, aproximadamente. Su difusión en todo el continente latinoamericano fué grande. Cunha Lopes habla de millares de jóvenes brasileños pervertidos por su abuso. Con relación a nuestro país, decía en la obra que dediqué al tópico: "Está bien que la ola de loca disipación de la posguerra, actualizando la neuropatía de decadencia que se tradujo entre otras manifestaciones, en un ansia impulsiva de placer y de olvido, haya invadido los países europeos en conflicto y sus aliados. Pero, ¿qué tenía que hacer nuestro país en el conflicto, y por qué se contaminó tan gran número de jóvenes y otras personas, al punto de convertir la R. Argentina en presa escogida en Sudamérica? Esto demuestra una vez más la estrecha solidaridad de todos los pueblos. Los "neutrales" sufrieron las consecuencias de la guerra también en este aspecto".

Y en esta obra escrita hace casi veinte años señalé detenidamente, en especial en este medio de Córdoba, las causas intrínsecas y las influencias exteriores, que convirtieron a esta ciudad en centro peculiar de toxicómanos. Un cálculo prudente daba para una población que entonces era de doscientos mil habitantes, alrededor de unos quinientos afectados, o sea de 2,25 a 2,5 por mil.

Otro aspecto, ciertamente de mayor importancia aún, aunque menos ruidoso por varios motivos, es el del aumento de alienados durante la guerra y posguerra. En los diagramas levantados por el Dr. Arturo Ameghino en 1923, demuestra que el número de alienados admitidos en los asilos, hospicios y sanatorios del país, pega un salto en 1915, casi al mismo tiempo en que la inmigración cae bruscamente. Enuncia dos hipótesis para interpretar este hecho: 1) Que había en la República un remanente de alienados, cuya asistencia y reclusión habrían sido postergadas; 2) O bien que las admisiones de alienados extranjeros se debieran a un aumento en la entrada al país de inmigrantes alienados. Me parece que cabe una tercera hipótesis, y es: que sin desconocer la posibilidad de estos dos factores, sobre todo del segundo, es necesario contar con la influencia de la guerra sobre los predispuestos, así sea a la distancia.

Hechos similares se comprobaron en otros países del continente. Fué notorio en el Brasil el aumento en la proporción de los alienados extranjeros. En cinco años (1920-1924), pasaron por los diversos servicios de la Asistencia a Psicópatas 27.228 insanos, de los cuales 21.913 nacionales y 5.307 extranjeros, lo que da para estos últimos el 19,5 %.. En San Pablo de 1923 al 28 la proporción fué aún mayor, del 22 % (Xavier de Oliveira). Pacheco e Silva en la estadística que publica de los alienados criminales recibidos en el Hospital de Juquery (San Pablo), comprueba que el porcentaje de extranjeros es más del doble que el de los nativos, y solicita que se establezcan medidas rigurosas de control de la inmigración.

No cabe duda, en fin, que la influencia de esta guerra sobre nuestras instituciones, costumbres y todo otro aspecto de la vida, será inmensa, como lo será en todo el mundo.

V. — HACIA LA COMPRESION DE LA ACTUAL CONTIENDA

Parecería que el psiquiatra y el psicohigienista pudieran acantonarse en los estrechos dominios de la materia para encarar con ventaja los aspectos que nos preocupan. Y sin embargo, la falta de comprensión total de lo que está sucediendo llevarían a una "barbarie" de especialista, a una visión con anteojeras, vale decir, extraviada. Es tan inmensa la masa de hechos y procesos condicionantes del estado neuromental de los pueblos en la guerra y posguerra, que la consideración particular de los elementos psiquiátricos, con prescindencia de aquéllos, sólo deformaría su conocimiento en cuanto excede de los hechos clínicos concretos. Es indispensable, siquiera, una comprensión sociológica aproximada de la presente guerra. Los que no lo intentan, así sea en sus grandes líneas, no comenzarán ni aproximarse a la verdad. Si esto es cierto para cuanto se refiera a algún aspecto particular de la conflagración, lo es tanto más en el dominio de los sentimientos, voluntad y conducta de los hombres y pueblos que han participado en ella, justamente lo que es del dominio específico de la psicología y de la psicopatología.

En primer término, el vulgo, y muchos psiquiatras que con sumario análisis pseudo-científico han incurrido en vulgaridades, señalan que la guerra es un acto de alienación y con eso creen haberlo dicho todo. Es, sí, una locura en cuanto toca a nuestra razón y sentimientos, por las destrucciones de vidas y valores, pero en manera alguna esta calificación explica su índole y proceso. Las naciones agresoras y aquellas otras que se defienden, no se precipitan a dirimir sus contiendas por súbitos accesos de demencia. Otros piensan que las guerras son fenómenos naturales, propios de la naturaleza de pueblos y personas. Son naturales, si se concibe a cuanto hace y piensa el hombre como del dominio de la naturaleza, pero no en cuanto se considera a las guerras como hechos constitucionales con el hombre, e inseparables de su personalidad. Estoy, en cambio, con aquellos que consideran a las guerras como fenómenos histórico-sociológicos, como resultado de la actividad social bajo ciertas condiciones de existencia, interpretación que está en la línea económica de la historia. Esto en cuanto a la naturaleza de la guerra.

Por otra parte, esta guerra, que se señala más que cualquier otra por las destrucciones de vidas, de ciudades y de bienes de todo orden en grado jamás alcanzado; por migraciones gigantescas; por el aniquilamiento de los pueblos; por padecimientos y carestías inauditas; esta guerra, digo, se caracteriza principalmente por formar parte de un proceso revolucionario, más tal vez que toda otra gran convulsión social en los tiempos pasados. Esta guerra, dice Ziff, "es más bien una gran explosión revolucionaria internacional en sus efectos sobre la política, economía y moral del hombre". Está dirigida, no sólo a la defensa de nuestros bienes y libertad, sino también de todas nuestras tradiciones y por todo lo que somos y significamos. Desencadenada por insaciables predadores, hábiles y experimentados en todo género de violencias, que nos contemplan con frío odio, tiende a una restauración de las formas primitivas de vida, bajo la dirección implacable de bandas especializadas en la depredación. Quién no entienda el carácter fundamental de esta lucha, se debate sin brújula en un océano sin límites, sacudido por fuerzas arbitrarias. Esto explica la existencia de los "quislings" y de los traidores a su pueblo, de que Francia ha sido el caso más dramático. Así se explican las luchas nacionales, junto a la guerra entre los grupos de naciones.

No se volverá más a lo antiguo. Hasta un hombre como el ex-Presidente de la República, Dr. Ramón S. Castillo, decía a comienzos del año pasado que "la organización económica y financiera del mundo sufrirá, una transformación enorme... Nuestras clases conservadoras deben ahondar en el exámen de estas cuestiones con un sentido nuevo de la vida económica y social de la República. Entramos a una época nueva, con problemas nuevos, que requieren soluciones nuevas. Y es obligación patriótica de los hombres dirigentes, sobre todo si sobre ellos pesan las altas responsabilidades del Gobierno, ajustar el ritmo de su acción y el del país a esas nuevas exigencias de la humanidad que apuntan ya como una aurora". (Reportaje en "La Razón" del 19/II/1943). No es que el Dr. Castillo sea a mi juicio una autoridad, ni siquiera fortalecida por su reciente desaparición, pero es muy significativo que hombre de tan arraigadas convicciones reaccionarias haya expresado tales palabras, aunque suenen de manera muy distinta que en otros labios. Ya verán Vds. a los más encarnizados antidemócratas, acudir

con genuflexiones y sonrisitas a rendir culto a la Democracia y a la Constitución, en la esperanza de defraudarlas una vez más.

Un análisis brillante lleva al Prof. Edward Carr en "Condiciones de Paz" a coronar su obra con estas palabras: "El antiguo mundo ha muerto. El futuro será para aquellos que sepan darle la espalda y se enfrenten al mundo nuevo con valor, imaginación y espíritu comprensivo". Expresa que en todos, y especialmente en la generación joven, se arraiga la convicción profunda "de que el mundo de la década pasada ha sido un mundo malo y enloquecido y casi todo lo que se encuentra en él debe arrancarse de raíz y ser reemplazado por otras cosas". Los vencedores tendrán que aprender la lección paradójica de que la condición básica de la seguridad es el avance continuo, y que los problemas sociales y económicos del mundo de la posguerra deben ser abordados, no con el propósito de estabilizar, sino con el de revolucionar.

Estos conceptos, cada vez más universalmente consustanciales en los pueblos que han sufrido la contienda, constituyen un desafío a los que quieran tapar el cielo con un arnero. Y por lejanos que parezcan a las mentes superficiales, estos conceptos tienen importancia principalísima a nuestro objeto, porque de las condiciones en que se desarrolle el mundo sobreviviente de las posguerra, depende también su salud espiritual, mental y moral. Que es precisamente el objeto de esta disertación.

VI. — PROBLEMATICA DE LOS EFECTOS EN LA POSGUERRA SOBREVIVIENTE

No es necesario ser zahorí para intuir que aquellas naciones que mayor fortaleza espiritual y mental han demostrado durante la guerra, sabrán reconstruirse de mejor salud. Nuestra salud mental y moral no será tan buena en esta posguerra, porque depende grandemente de cómo la nación ha sido conducida durante la contienda. Y en verdad, la Argentina no puede felicitarse por ello.

Sería de la mayor simplicidad hablar de la próxima paz en términos universales. Los mismos hombres y pueblos se conducen diferentemente según las circunstancias sean propicias o adversas. El "Lancet" de hace dos meses dió un ejemplo impresionante de esta diferente reacción. Cuando la derrota de Dunquerque, los combatientes no querían saber otra cosa que la vuelta a sus hogares, no se sentían seguros en ninguna parte, sus buques eran bombardeados, el país amenazado por la invasión, y tardaban mucho tiempo antes de recuperarse y de que por su moral estuvieran en condiciones de volver a la lucha. En cambio, los afectados después de la reciente invasión de Normandía, clamaban casi de inmediato volver al frente, pues tenían confianza en la dirección militar, en sus médicos, seguridad, fe en la victoria. "Después de dos días, dice uno de los médicos, la mayoría de los pacientes han vuelto en sí y están ocupados con entrenamiento físico y terapia ocupacional". Tardaban muy poco en solicitar, ellos mismos, el reunirse con sus camaradas, en el frente de Francia. Naturalmente, que no todo es tan simple, no es sólo una cuestión de fortaleza anímica. Decía en mi obra "Las Neurosis en la guerra" que "el combatiente más dotado de equilibrio nervioso puede sucumbir a pruebas de extremada violencia, mientras el predispuesto puede encontrarse a gusto en medio de la mayor refriega y dar pruebas de valor; aunque por lo general esto no suceda". Y señalaba (pág. 138-39) algunos casos de alto valor demostrativo.

Tampoco será la misma la situación de las naciones vencedoras que de las vencidas. Comparen Vds. estas fotos de un número reciente del "The New York Times". En la primer plana ven desfilar tropas alemanas por los "Champs Elisées", bajo el Arco de Triunfo, conquistadores, arrogantes, con el paso de los que se sienten señores del mundo. En la plana opuesta ven a los mismos una vez derrotados, prisioneros, macilentos, desinflados, hombres que sufren, aún cuando no ha desaparecido de sus rostros, por entero, la tozudez original.

Variarán también el comportamiento y las reacciones según las características nacionales, según estén firmemente estructurados su manera y moral a través de siglos y siglos, o que sean de una formación reciente. No será lo mismo en Gran Bretaña que en los países latinoamericanos. Sin conceder sino el valor que corresponde a las características nacionales, la reconstrucción y el estado psicológico serán muy diferentes en Alemania que en los otros países. Conformada su juventud, principalmente, por los nazis, en el culto de la violencia, caducas las normas de humana convivencia, es materia de constante preocupación, árida y difícil, la reforma moral de ese pueblo. "La educación para la muerte", que tituló el ex-diputado Siemsen, descriptiva de los efectos destructores de la formación nazi en el alma juvenil, tardará en transformarse. No es fácil predecir qué desarrollos tendrá el alma nacional, conformada paranoicamente para ser "un pueblo de señores".

Tampoco serán los mismos los efectos de la guerra en los países ricos que en los pobres; en los que fueron ocupados, y en los que no sufrieron esa plaga con todos sus horrores; en aquellos cuya población ha sido directamente afectada por la guerra, que en los que pudieron permanecer relativamente alejados. Ni tampoco será la misma la situación espiritual y mental de los que han permanecido en el frente durante los cinco años, que los que han estado en campos de concentración como prisioneros de guerra; ni la de aquellos que permanecieron, mal que bien, en sus hogares y regiones, que las masas trasladadas a países con idiomas y costumbres diferentes, sometidas a trabajos forzados; los que han sido afectados de una manera brutal por privaciones, causas de desequilibrio moral e inseguridad, de los que han permanecido firmemente cohesionados bajo una dirección moral y material poderosa; y en fin, será diferente la situación de los grupos sociales dentro de cada región o país, en la medida en que queden las clases sociales en la posguerra, pues su misma desorganización es fuente de innumerables trastornos neuro-mentales.

Todas estas y muchas otras son cuestiones problemáticas, acerca de las cuáles si bien ya hay multitud de datos y elementos de juicio, en manera alguna permiten adelantar conclusiones. Sólo prolongados y serios estudios, efectuados por el esfuerzo coordinado de numerosos equipos de sabios y estudiosos, podrán ilustrarnos con más precisión acerca de estos problemas. Sin desconocer el valor básico de los factores materiales, creo que apenas hay cuestión de más relevante y efectivo interés. El Mayor general G. M. Lindsay, Comisionado para la Defensa Civil de la región sudoeste de Gran Bretaña ha llamado la atención sobre cuánto preocupan a la mayoría de la población los aspectos psicológicos y espirituales de esta guerra, que es al cabo una lucha por un fin moral, por la decencia humana, contra lo que de bruto y bestial contiene el nazifascismo. Antes que otros, comprendieron los nazis que su método y doctrina de conducción de la guerra total, abraza tanto los aspectos militares como los civiles, lo material como lo moral, el cuerpo tanto como la mente. No tardaron en comprenderlo y en adoptar adecuadas defensas y poderes ofensivos las Naciones Aliadas. ¡Estas fuerzas espirituales y mentales no jugarán un rol menor en esta posguerra!

VII. — UN PROGRAMA ASISTENCIAL

¿Cómo sería posible que los beligerantes, y en menor grado nuestro país, superen los efectos deletéreos de la guerra sobre la salud mental y espiritual? Sin duda, que una serie de medidas sanitarias específicas pueden atender algunos aspectos de las necesidades más urgentes:

- a) Mediante la multiplicación de instituciones y dispensarios psiquiátricos y de higiene mental, para menores y adultos, de que tan en retardo se encuentra la República;
- b) Por la vigilancia de ciertos bajos fondos sociales y ambientes criminógenos;
- c) Por el cuidado de los menores abandonados y víctimas de la guerra;
- d) Por la colaboración en el Super Consejo Nacional de Drogas Tóxicas, de cuya creación se habló en agosto último;
- e) Por un control psiquiátrico adecuado de la inmigración. Calculábase que de dos a cuatro millones de personas, estarían en condiciones y ansiosas de emigrar desde Europa hacia otros continentes. Hay un Comité Intergubernamental de Refugiados, que junto con la Oficina Internacional del Trabajo y otras instituciones, se encargarían de esta tarea, y con ellas deberían entenderse las autoridades e instituciones sanitarias de nuestro país;
- f) Por la fundación de un Comité Nacional de Asistencia e Higiene Mental, que centralizara los esfuerzos y trabajos tendientes a nuestro fin. A semejanza del que fué creado en Gran Bretaña en Enero de 1943, verdad es que después de importantes tareas e incorporando a otros organismos prestigiosos.

Pero todo este programa de poco valdría si no se tomaran en cuenta las condiciones económicas, políticas y culturales que han engendrado la catástrofe, y no se armara a pueblos e individuos con los elementos para removerlas. Si el mundo no se reintegra en condiciones de equilibrio y de estabilidad, dentro de un orden justo, que satisfaga las necesidades económicas y espirituales, si los hechos no confirman las esperanzas que agitan a los pueblos, se recaería en la posguerra anterior, aparentemente de aspecto sano, pero roída por dentro por esa podredumbre que preparó la actual contienda.

Por eso, el problema de la seguridad está en el primer plano de la ansiedad general; de esto se ha hablado tanto, se han fraguado en cada país planes y proyectos de seguridad, de que el Plan Beveridge es el de mayor notoriedad. Dice bien Medina Echavarría que el estado de inseguridad cualquiera que sea su raíz, es algo que el hombre no puede soportar permanentemente, y que en nuestras sociedades complejas tiene consecuencias gravísimas. Ese estado suele ser el soporte de los fenómenos de masa y de los abandonos de la libertad y la responsabilidad propias; favorecen la aventura bélica y la aparición de regímenes políticos y sociales totalitarios. Si se van a repetir aquellos años del interregno entre las guerras, de desocupación, crisis, inestabilidad, injusticias flagrantes, contrastes de miseria y riqueza bajo los opulentos mantos imperialistas, las esperanzas que son hoy el más firme asidero para la recuperación de la humanidad transida de dolor, se desvanecerán, y entonces le será mucho más difícil asimilar y digerir — permítaseme esta imagen — las agresiones morbosas a su alma y a su mente, sufridas en estos años.

Es claro que todo lo que contribuya a una vida normal, a un bienestar natural dentro de condiciones de convivencia humana, contribuirá a restañar las heridas recibidas en la mente y en el espíritu. Por esto, los editores del «Free World», interpretando los sentimientos y directivas de la gran mayoría, establecen en su artículo de Octubre de 1942, que no basta con destruir y desarraigar el diabólico poder de los ejércitos nazis y de sus estados mayores. Hay que eliminar también las causas del fascismo: la concentración del poder político y de los recursos mundiales incontrolados en pocas manos. Reemplazar el nacionalismo agresivo y rapaz con este nuevo tipo de nacionalismo que se expresa por una autonomía cultural, en una competencia fraternal y pacífica entre naciones en todos los órdenes, e integrado en un internacionalismo más amplio. Levantarse contra cualquier gobierno o fuerza oportunista, que busque fomentar nuevas guerras mediante la prédica del odio y el estímulo al espíritu de agresión. Desarraigar los conceptos fas-

cistas, propagados durante los últimos veinte años, al principio contra la raza amarilla, después contra la Unión Soviética, los judíos, y últimamente contra los anglo-americanos. Y afirman que predicarán su mensaje hasta que cada ciudadano libre llegue a ser un soldado, un servidor, y un maestro de la manera democrática de vivir, aún contra todos los grandes poderes reaccionarios.

Un grave interrogante, una inquietud mortal, agita a todos los buenos ciudadanos: ¿estaremos excluidos de ese mundo de la posguerra que anhela establecer un orden que garantice libertad, paz, prosperidad, a cada nación y a cada ser humano? Ciertamente, para merecerlo es necesario no sólo estar educado en estos principios básicos, sino haber luchado por ellos día a día. Muchos son los factores de debilidad interna, tanto entre los sectores autóctonos como en los grupos extranjeros que abundan en nuestro suelo. Si la posguerra nos encuentra desunidos, moralmente destruidos, las poscalamidad puede transformarse en una auténtica y presente calamidad. Todavía estamos a tiempo, en el límite del tiempo, para reaccionar con vigor, con inteligencia, con altura. No sólo nuestros votos fervorosos, sino nuestro indeclinable esfuerzo cotidiano deben contribuir a que así sea.

GREGORIO BERMANN

Córdoba, octubre de 1944.

